

LA CHAISE LONGUE VICTORIANA

MARGHANITA LASKI

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE
LAURA SALAS RODRÍGUEZ



«...muero en mi propia muerte y en las muertes de los
que vendrán detrás de mí».¹

T.S. Eliot

1 Del poema *Un canto para Simeón*, traducción de Jose María Valverde. *Poesías reunidas*, 1909-1962, Alianza Editorial, 1967, 2023.

—¿Me da su palabra de honor —preguntó Melanie— de que no voy a morir?

El doctor dijo:

—Es una estupidez preguntarme eso. Por supuesto que vas a morir, y yo también, y Guy, y al final incluso Richard morirá. Lo que en realidad me estás preguntando es si vas a morir pronto de tuberculosis, y la respuesta a eso es no, aunque no voy a darte mi palabra de honor.

Melanie se incorporó del nido de almohadones.

—¿Por qué no? —inquirió—. ¿Por qué no lo hace, si está tan seguro?

—Túmbate —apremió el médico con severidad. Esperó a que ella se hundiera de nuevo, obediente, entre los grandes almohadones cuadrados cuyas fundas de lino rosa emitían el débil resplandor que las lavanderías competentes aún daban al buen lino; los almohadones prestaban su fulgor claro y rosado a la hermosa carita pálida, recubierta de una pelusa suave como la de un bebé.

—Con esos saltos que das —reconvino con fingido reproche—, no te extrañe que no te dé mi palabra.

Pero Melanie se sentía ahora más segura; ella estaba en su nido de almohadones y él tenía una sonrisa en el rostro. Se la devolvió con la intención de decirle tan solo que lo quería y que confiaba en él, y el médico se preguntó cómo

era que la sonrisa de Melanie siempre parecía invitar a deleites que, estaba seguro, ella nunca había conocido.

—Hacía mucho que no te veía sonreír así —dijo; sí, hacía mucho, ahora que lo pensaba, desde...

—Ahora que sé que no voy a morir puedo sonreír.
—Pero no pudo evitar alzar la voz en una interrogación al concluir la frase.

El doctor suspiró.

—Si llego a saber el escándalo que ibas a montar con el resultado, nunca te habría dicho que el test de Mantoux había salido negativo —dijo—, nunca te habría dicho nada.

Acercó la silla a la cama y, tras subestimar por enésima vez su peso, se preguntó irritado por qué Guy nunca le había explicado a Melanie que las sillas de papel maché con incrustaciones podían quedar muy bonitas en la habitación de una señorita, pero que los visitantes masculinos deseaban algo más sólido para sentarse.

—Bien, ahora escúchame —instó—. Como te las has apañado para ser una chica obediente hasta ahora, hemos podido superar lo que podría haber sido una recaída grave, y si te permites restablecerte por completo y te tenemos vigilada, no hay razón alguna para que vuelva a ocurrir algo así.

—¿Ni siquiera si tengo otro bebé? —preguntó Melanie.

—Bueno, yo tampoco tendría *demasiados* —señaló el doctor con cautela—, pero el problema estaba latente antes de que concibieras a Richard. Dudo que se hubiera activado con tanta rapidez si no hubieses estado embarazada, pero, por supuesto, podía haber estallado en cualquier momento.

—Pero ha sido una suerte que tardara tanto, ¿no?
—replicó Melanie, de nuevo sonriente.

—Una verdadera suerte —respondió el doctor en tono fúnebre. Melanie no debía llegar a comprender lo afortunada que había sido, ya que, tras arriesgarse a que el embarazo siguiera su curso, la mancha sospechosa se había activado solo después de que el bebé fuera viable, de modo que la inducción urgente que se le realizó pudo darle un hijo sano—. Pero eso fue hace solo, déjame pensar, siete meses —dijo él, siguiendo el curso de su pensamiento más que el de la conversación—. No puedes sobresaltarte, al menos durante un tiempo todavía. Vamos a pasar este verano con tanta paz y tranquilidad como podamos, y en cuanto el tiempo empiece a estropearse, ¡hala!, a Suiza con tu maridito, que tiene que vigilarte.

—Y Richard —dijo Melanie, aún incapaz de sentir la seguridad suficiente como para no temer ni desconfiar de lo que queda sin decir.

—Y Richard —asintió el médico—. ¿Tiene ganas la niñera de pasar una temporada entre forasteros?

—La hermana Smith dice que sí —afirmó Melanie. Estaba empezando a agitarse. Pronto, el doctor lo sabía, estaría desbordante de nerviosismo, risa y vivacidad; poco después, las aún escasas reservas de salud se consumirían y al día siguiente Melanie estaría acostada, exhausta, suplicándole de nuevo febril que le prometiera que no iba a morir.

—Pero mientras tanto —recalcó— tenemos que seguir exactamente como hasta ahora; nada de travesuras ni emociones, y el mayor cuidado y prudencia. Tienes que cuidarte como si... —Sus ojos recorrieron la bonita habitación, se posaron en el sedoso papel color crema de las paredes, en las cortinas del mismo color crema brillante estampadas con enormes rosas, en el cabecero de palisandro decorado

con juguetones bronce franceses, y después se dirigieron al espejo de volutas del tocador, a los rubicundos querubines que gateaban por guirnalda de flores coloridas, para encontrar allí su analogía y concluir—: ...como si fueras una pieza de porcelana de Meissen.

—¿Quién es una porcelana de Meissen? —inquirió Guy, que entraba con dos vasos de jerez—. ¿Es mi Melly una porcelana de Meissen? —preguntó juguetón mientras tendía uno de los vasos al doctor y a continuación se sentaba en la cama, sin olvidarse de colocar en primer lugar el suyo en la mesilla de noche para subirse los sobrios pantalones de rayas, emblema del prometedor joven abogado, del prometedor joven todo afabilidad y simpatía. «¿Por qué no acaba de caerme bien? —se preguntó el médico—. En realidad nunca esperé... Al fin y al cabo, conozco a Melanie desde que era una niña», y, una vez más, apartó de sí aquel molesto pensamiento al tiempo que se decía con severidad que no pensaba tener paciencia con esas estupideces psiquiátricas. Cualquiera tendría envidia de un joven tan bien preparado, con tanta confianza en sus posibilidades que podía permitirse abandonar un bufete apenas inaugurado para acompañar a su mujer a Suiza durante seis meses. «Y otra cosa buena —decidió con malicia—, a juzgar por las delicadas maneras de don Guy, no se diría que es un hombre que ha pasado los últimos meses privado de su objeto de deseo».

—Le estaba diciendo a Melanie que así es como tiene que cuidarse —resumió.

—Y así lo hará —lo tranquilizó Guy—. ¿No es verdad, mi amor?

Empezó a jugar con los dedos de Melanie y su voz adquirió una pomposidad humorística y fingida (sin embargo, no del todo) al añadir:

—El uso del giro «porcelana de Meissen» como sinónimo de fragilidad cara sugiere que había unas lagunas lamentables en la supremacía británica sobre los mercados internacionales del siglo XIX. Y qué extraño que fueran los alemanes, que constituyen casi un sinónimo de pesadez, torpeza, y de todo lo que se considera la antítesis del objeto del que hablamos, quienes proporcionaran el giro que nos viene a la mente cuando es necesario advertir a Melanie de que debe ser el centro tanto de nuestros incesantes e inagotables cuidados... —Necesitaba respirar de nuevo, después de todo, para terminar la frase; lo hizo del modo más discreto posible, y concluyó, triunfante—: ...como del suyo propio.

—Qué listo eres, cariño —exclamó Melanie con adoración—. Me siento tan tonta en comparación contigo.

—Pero me gusta que seas tonta —respondió Guy.

«Y así es —pensó el doctor Gregory mientras los observaba—. Solo que Melanie no es la tontita que él se cree, ni mucho menos, es solo la criatura puramente femenina que se adapta a lo que su hombre quiere que sea. Tampoco diría que es inteligente, más bien astuta —interrumpió sus pensamientos, algo desconcertado ante la palabra que había escogido, pero continuó con resolución—: Sí, astuta como un grupo de monos si se viera en la necesidad. Pero no se verá», se dijo, y se preguntó por qué se sentía tan aliviado al saber que Melanie recibía amor y protección y que, hasta donde podían estar seguros, estaba a salvo.

La observó entonces hacer pucheros mientras le comunicaba a Guy con fingida aflicción:

—El doctor Gregory no quiere prometerme que no me voy a morir. —Y ambos esposos, con las manos aún enlazadas, lanzaron una mirada casi furtiva hacia el médico,

sin atreverse a permitir que sus rostros revelaran diversión ni temor.

El médico echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Estás intentando chantajearme, jovencita —advirtió—, y no voy a permitir que te salgas con la tuya. Es la última vez que te sermoneo. Hace catorce meses, siete meses antes de que naciera Richard, el doctor Macpherson y yo descubrimos una mancha sospechosa en ese pulmón izquierdo tuyo, y ambos sugerimos que tal vez no era buena idea seguir adelante con ese embarazo en particular, e intentarlo de nuevo más adelante, cuando todo se hubiese aclarado. Pero, con buen criterio, según resultó (o según esperamos que resulte), te dejamos quedarte con él a condición de que, si las cosas empeoraban, no habría bebé que valiera hasta la próxima vez, y que esa vez podría estar muy lejos aún. Cuando dijimos esto, ambos teníamos la esperanza de que la mancha sospechosa permaneciera tal cual, ya lo sabes, pero se hizo maligna, como suele ocurrir, y pese a que, con la mayor de las suertes, te hemos obsequiado con un bebé fuerte y sano, tienes que recordar que has tenido bastantes bacilos tuberculosos flotando en tu interior.

Pero Melanie había dejado de escuchar. Le gustaba que le dieran el discurso, le gustaba aquella solemnidad que se concentraba de modo tan definitivo en ella, pero nunca escuchaba la advertencia que venía tras el final feliz.

—El doctor Gregory habla como si fuera él quien fabricó el bebé —le dijo a Guy—, pero no es así, fuimos nosotros, ¿a que sí?

—Nosotros solitos —convino Guy, pero añadió con cortesía hacia el médico—: aunque debo admitir que hemos contado con una ayuda muy necesaria en el proceso. Acabo de subir a verlo —le dijo a Melanie—. Estaba tumbado

boca abajo mientras le limpiaban el culito, chupándose el dedo con furia.

—¡Oh, qué monada! —exclamó Melanie. Sus ojos volaron de su marido al médico para interpellarlo—: ¿Cuándo voy a ver a mi bebé en condiciones? ¡No quiero que me lo enseñen desde la puerta, lo quiero aquí, aquí, aquí!

Palmeó la cama junto a ella, allí donde debería estar tumbado el bebé y donde nunca había estado.

El médico suspiró, consciente de que sus advertencias habían sido vanas, y se preguntó si debería recordarle una vez más que tenía que evitar a toda costa cualquier tipo de emoción y de trastornos —aunque la emoción y los trastornos, siempre lo había sabido, eran la respuesta de Melanie ante la vida—. Había pasado ocho meses obedientemente encamada, pero con una inmovilidad desbordante de ira y resentimiento, y nunca con la relajación requerida. Sus grandes ojos azules delataban una tristeza, una impaciencia y un ansia tan apasionadas que apenas necesitaba la voz que se le había instado a usar en contadas ocasiones, tan solo para hablar de necesidades esenciales y no para desperdiciar el aliento en quejas y amor. Cada día, al entrar en el cuarto, el doctor buscaba resignación en los ojos de Melanie, pero ahora sabía que jamás la encontraría, que siempre vería resentimiento y rabia hasta que pudiera permitirse de nuevo mostrar su alegría.

Había que reconocer, admitió el médico para sus adentros, que Melanie empleaba en estar tumbada la misma energía que muchas mujeres en un día de compras. Volvió a repetir la advertencia.

—Solo has tenido un resultado negativo, solo uno, ¿sabes? Y ya te comportas como si pudieras escalar el monte Cervino.